

EXPERIMENTACIÓN Y NUEVOS TEMAS EN LA ETNOGRAFÍA DE GRUPOS INDÍGENAS EN CIUDADES MEXICANAS

Olivia Leal Sorcia*

RESUMEN. Durante la última década, los estudios sobre indígenas en ciudades mexicanas muestran cambios en las formas de construir y presentar datos etnográficos, producto de acercamientos cualitativos que ya no se restringen a disciplinas como la antropología y la sociología, sino que aparecen desde otros campos disciplinarios como la pedagogía, la lingüística, y trabajo social. En este artículo se presenta la revisión de una selección de trabajos donde se exponen nuevos temas sobre el estudio de grupos indígenas en las metrópolis y ciudades medias, resaltando diversas formas de escritura etnográfica.

PALABRAS CLAVE. Indígenas urbanos, etnografía, indígenas en ciudades, escritura etnográfica.

Durante la primera década del siglo XXI, diversos trabajos —producto, sobre todo, de tesis de grado— arrojan datos nuevos en torno a la presencia de indígenas en las grandes metrópolis mexicanas, pero también en ciudades medias donde, si bien sus procesos migratorios no son nuevos, si es reciente la documentación de sus formas de inserción en dichas ciudades, resaltando los procesos de organización sociopolítica relacionados con éstas. Un dato a destacar al respecto se refiere a la producción de trabajos desde distintas disciplinas sociales como la antropología social, la sociología, la lingüística, la pedagogía, el diseño, y más recientemente el trabajo social, donde las descripciones etnográficas dan cuenta de forma más detallada de procesos sociales contruidos y reproducidos desde lo local. Lo que se observa

* Profesora investigadora de tiempo completo en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Correo electrónico: oli_sorcias@yahoo.com.mx

como tendencia en varios de los estudios, es que ya no se presentan descripciones exhaustivas que pretendan dar cuenta de la totalidad de la vida sociocultural de los grupos indígenas en las ciudades; ahora se privilegian espacios y actores desde donde se construyen interpretaciones sobre el devenir de parejas, familias y colectivos indígenas, que parten de sus prácticas cotidianas y se adentran en el análisis de procesos más generales de inserción y reproducción sociocultural en las ciudades mexicanas. Siguiendo a Marcus (1991), estamos ante descripciones que presentan datos pormenorizados sobre las relaciones que se tejen a nivel de lo local, siendo lo local la casa donde habita la empleada doméstica, el parque, la alameda, la calle donde se instala el puesto comercial, el barrio, la colonia. Se trata de espacios desde donde se articulan sus dinámicas cotidianas con el mundo urbano, mismos que serían, para Marcus, un tipo de espacios donde “los sujetos manifiestan un comportamiento concreto y digno de análisis”.

El presente artículo se desprende de una investigación más amplia en torno a una revisión y análisis de la bibliografía generada en los últimos diez años sobre el tema de indígenas urbanos, poniendo especial énfasis en investigaciones producto de tesis de grado (Leal, 2010). Esta inquietud surge de la necesidad de identificar los enfoques teóricos y las categorías de análisis que han prevalecido en la última década para el análisis de indígenas en ciudades medias y zonas metropolitanas, a lo largo y ancho del país. El objetivo inicial de dicha exploración fue tender puentes entre ciertas continuidades en las temáticas abordadas décadas atrás, o bien identificar con mayor claridad los propósitos de algunos trabajos que atienden a la coyuntura política, social y económica de algunas ciudades mexicanas, destacando problemáticas nuevas y/o documentando espacios, grupos étnicos y urbes escasamente analizadas. El por qué centrarse en tesis de grado se debe a que dichos materiales exponen con mayor amplitud los casos analizados, en comparación con artículos que también se han publicado en los últimos años, cuya extensión muchas veces no permite adentrarnos en el contenido detallado, sobre todo, por las descripciones etnográficas. Por otro lado, uno de los hallazgos es que las tesis revisadas no se acotan al terreno de las ciencias antropológicas, sino que encontramos trabajos elaborados desde otras disciplinas sociales, lo cual marca formas

diferenciadas de construir el dato etnográfico. Si bien la investigación antes citada de ninguna manera intentó una revisión exhaustiva, sino tan solo un primer acercamiento que posibilitara plantear una suerte de mapeo sobre los temas analizados en torno a indígenas urbanos en las ciudades, para el caso de este artículo, se seleccionaron los trabajos donde, además de identificar temas nuevos de análisis, la forma de presentar los datos etnográficos muestra cambios con respecto a ciertos estudios producidos en México durante el último tercio del siglo xx.

Para la presentación de la información, en un primer apartado se comentan antecedentes generales sobre los temas prevaecientes en la larga tradición de los estudios antropológicos sobre indígenas en las urbes mexicanas y, posteriormente, se presenta una selección de estudios, agrupados en varios ejes de análisis. El primero se refiere a las formas de inserción en la ciudad, redes sociales y resignificación cultural, mientras que el segundo eje aborda las dinámicas indígenas en la construcción de los espacios urbanos. En el tercer y cuarto eje se analizan la vida festiva de colectivos indígenas en la ciudad de México y la escuela como espacio de socialización para integrarse a la ciudad, respectivamente. Por último, en cada uno de los ejes se apuntan datos sobre el abordaje etnográfico propuesto por los autores y los resultados obtenidos al respecto.

BREVES ANTECEDENTES DE LOS ESTUDIOS SOBRE GRUPOS INDÍGENAS EN CIUDADES MEXICANAS

Los estudios en torno a la presencia de indígenas en las ciudades mexicanas han generado diversos hallazgos de investigación a lo largo de la segunda mitad del siglo xx. En general, el periodo que cubre de los años sesenta hasta los noventa, resulta el más documentado cuando se analiza el tema de los procesos migratorios de poblaciones indígenas, sobre todo a las grandes ciudades mexicanas. Al respecto pueden consultarse los trabajos de Robert Kemper (1987), Cynthia Hewitt de Alcántara (1988) y Juan Luis Sariago (1988), quienes presentan una suerte de balance sobre las tendencias en los temas y grupos investigados por los antropólogos. Sobre estas revisiones conviene destacar que

sólo el trabajo de Kemper podemos ubicarlo como una revisión pormenorizada de los enfoques teóricos que predominaron desde los años cincuenta sobre el estudio de las migraciones rurales e indígenas a las ciudades. El resto de los trabajos se inscriben en revisiones más amplias donde los temas de migración, etnicidad y ciudad se retoman como parte del desarrollo de la antropología social en México, o bien, como consecuencia de la emergencia de estudios urbanos desde una mirada antropológica, también para el caso mexicano. Por otro lado, y contrario a lo sistematizado para el periodo 1960-1990, la elaboración de balances sobre lo producido en la década de los años noventa es escasa y aún más lo que concierne a los primeros diez años del cambio de milenio. En específico para lo producido en la década de los noventa se pueden consultar los trabajos de Laura Velasco (2007) y Sèverin Durin (2008).

Para Durin (2008), la década de los noventa representa el periodo donde se observa una creciente atención y visibilidad al estudio de los indígenas en las ciudades realizado por los académicos. Para integrar su balance, pone el acento en artículos publicados en revistas, además de identificar varias tesis de grado donde se trabajaron estudios de caso en centros urbanos como Ciudad Juárez, Chihuahua y Monterrey; investigaciones que se suman a las producidas en la misma década en Tijuana, Guadalajara y la ciudad de México. A partir de la revisión de los trabajos producidos para este periodo, la autora agrupa tres tendencias: 1) Textos enfocados en las asociaciones de migrantes oriundos de pueblos de Oaxaca en la ciudad de México y de sus relaciones con los pueblos de origen e implicaciones en términos étnicos, donde se analiza la importancia de las redes sociales en las zonas de destino para conseguir trabajo, vivienda y también para el reconocimiento de sus derechos como pueblos indígenas en la ciudad. 2) Estudios de las segundas generaciones (hijos de migrantes) donde las características de la transición de la lengua y de la escolarización en los procesos de reproducción étnica se asumieron como cruciales para explicar si se presentaban cambios socioculturales en los espacios urbanos. Aquí los grupos que más destacaron fueron zapotecos y mixtecos; en menor medida mixes en el Distrito Federal; otomíes en Guadalajara, y mazahuas del Estado de México. Y el hallazgo más relevante —señalado

por la autora— es la demostración de que la asimilación esperada no se consumó y, por el contrario, se observó una persistencia de la identidad étnica cuando se establece una vida comunitaria más allá del espacio de origen en comunidades “extraterritoriales” o “extendidas”¹ (Oehmichen, 2000). 3) Estudios con un enfoque de género. Para este rubro, Durin recupera los planteamientos de Oehmichen de que el género condiciona la migración rural-urbana, además de las especificidades sobre la conformación de los grupos domésticos donde las jerarquías de género y edad modifican las experiencias cotidianas de hombres y mujeres como proveedores, o bien como trabajadores en las ciudades. Los estudios sobre las trabajadoras domésticas (primordialmente nahuas de la huasteca hidalguesa asentadas en Monterrey), aun cuando siguen siendo escasos se inscriben en esta perspectiva. También se mencionan otros trabajos que abordaron la violencia contra las mujeres dentro del grupo familiar y étnico, además del abandono y maltrato infantil de niñas indígenas, con la precisión de no haberse analizado bajo la perspectiva de género.

En otra propuesta de balance aparece el trabajo de Velasco (2007), quien recupera como hilo conductor el tema de la integración de los indígenas al medio urbano. Debido a que sólo tomó como base la literatura sobre las migraciones indígenas a las ciudades de Tijuana y el Distrito Federal, el autor seleccionó textos, producto de investigaciones en campo. Velasco parte de los años sesenta, para detallar los enfoques teóricos que predominaron a lo largo de tres décadas. Si bien incluye trabajos publicados durante los primeros dos años del nuevo milenio, en su revisión podemos encontrar referencias a los temas analizados en los noventa. Para esta década, una de las problemáticas centrales se refiere al abordaje de la presencia indígena como un elemento constitutivo de la diversidad cultural en las urbes de fines de siglo xx (2007: 191). A partir de los resultados de tres investigaciones (Hiernaux, 2000; Martínez,

¹ Bajo el impacto de esta mirada, aparecen estudios sobre las ciudades del norte del país, al constituirse un nuevo escenario de vida para los indígenas, sobresaliendo el caso de los mixtecos en Tijuana. Los temas que se privilegiaron fueron la lengua como elemento cultural y de identificación, mientras que la escuela se analizó como institución de la sociedad mayoritaria, la cual impacta en la adquisición o no de competencias para integrarse más exitosamente al entorno urbano.

2001 y Oehmichen, 2001) el estudioso sostiene la tesis de que “el proceso de integración cultural no sólo depende de los esfuerzos y recursos de los inmigrantes indígenas, sino de la disposición de los ‘otros’ a aceptarlos como iguales, con los mismos derechos a vivir y disfrutar el espacio urbano” (Velasco, 2007: 194). Dimensiones de una discusión que cobra aún más importancia si se toma en cuenta el contexto internacional donde, a nivel mundial, se estaba revalorando la importancia de las migraciones para definir las metrópolis mundiales.² Como se observa, los trabajos de Durin y Velasco nos permiten identificar varios ejes de análisis sobre la presencia de indígenas en ciudades mexicanas durante la última década del siglo xx: asociaciones de migrantes y estudios de segundas generaciones; estudios con un enfoque de género; la presencia de indígenas en ciudades multiculturales; políticas públicas y derechos indígenas; estudios sociodemográficos. A partir del cambio de milenio, en algunos casos, destaca la continuidad de temas, mientras que en otros se recuperan inquietudes iniciales, aunque se diversifican los espacios urbanos, se estudian grupos étnicos escasamente documentados y se proponen enfoques metodológicos novedosos para su abordaje. Para finalizar, subrayaría que un elemento que comparten todas las propuestas de balance citadas anteriormente, es que no resaltan ni analizan las formas de construir los datos etnográficos, ni tampoco las diversas formas de escritura etnográfica. Aspectos que se comentarán en los siguientes apartados.

FORMAS DE INSERCIÓN EN LA CIUDAD, REDES SOCIALES Y RESIGNIFICACIÓN CULTURAL

Como parte de los estudios sobre grupos indígenas en ciudades, los temas de redes sociales y formas de inserción en la ciudad siguen

² Específicamente para el caso de Tijuana, los hallazgos de investigación en los noventa destacan la ubicación de diferentes grupos indígenas como purépechas, zapotecos y mixtecos en el espacio urbano, siendo los temas redes de migrantes, organizaciones como agentes étnicos y discriminación, los más trabajados. Refiere además, el análisis de la ciudad de Tijuana como un espacio pluriétnico y fronterizo, donde se establecen relaciones interétnicas que facilitan la emergencia de nuevas solidaridades, pero también el surgimiento de nuevos conflictos.

cobrando vigencia, ya no solo en el campo de la antropología, sino de otras disciplinas. Al respecto se comentan tres investigaciones (Gissi, 2009; Alfaro 2007 y Martínez 2007) cuyos autores formados en diversas disciplinas sociales, si bien retoman dichas temáticas en la construcción de sus etnografías, lo particular es que incluyen descripciones detalladas sobre relaciones interétnicas y lugares públicos en dos ciudades mexicanas: Guadalajara y el Distrito Federal. Algo característico de los tres trabajos es que se privilegia la voz de los actores, esto es, se incluyen numerosos fragmentos de las transcripciones de las entrevistas realizadas durante las investigaciones. A partir de la construcción y delimitación de sus categorías de análisis, los autores contrastan y discuten sus propuestas, retomando los propios relatos de vida de sus entrevistados. Esta forma de presentar los datos etnográficos, como se comentará en los siguientes párrafos, favorece una lectura accesible para adentrarse en temas complejos sobre la resignificación de prácticas socioculturales de los grupos indígenas estudiados: mixtecos y chocholtecos en la delegación Iztapalapa en el Distrito Federal; otomíes de Querétaro y nahuas de la huasteca hidalguense en la ciudad de Guadalajara.

Para iniciar recupero el trabajo de Nicolás Gissi (2009), quien aborda las formas de inserción e integración socio-económica de la población indígena en una colonia multiétnica, específicamente mixtecos y chocholtecos en la delegación Iztapalapa en el Distrito Federal. Por la historia de configuración territorial que presenta la colonia de estudio: San Miguel Teotongo, el autor la caracteriza como un enclave étnico al concentrar aglomeraciones residenciales y laborales de mixtecos y chocholtecos con una permanente heterogeneidad intrasocial, además de continuos intercambios con otros espacios de la colonia y la ciudad (2009: 200-201). A partir de la descripción de las ocupaciones que desarrollan los integrantes de cada grupo y del estudio sobre el funcionamiento de las redes que denomina “étnicas” entre uno y otro, Gissi logra caracterizar sus formas de inserción en el espacio urbano y, al mismo tiempo, los vínculos que se establecen con las comunidades de origen. De manera particular desentraña los tipos de intercambio socioeconómico intraétnicos e interétnicos en la ciudad, revelando en el caso de los chocholtecos relaciones verticales entre quienes son dueños de farmacias, ferreterías y tiendas, en

comparación con quienes desempeñan trabajos no calificados. Para el caso de los mixtecos ahonda en las formas de organización política que impulsaron como parte de la Unión de Colonos de San Miguel Teotongo, a través de la cual consiguieron espacios privilegiados en tianguis y mercados para dedicarse sobre todo al comercio. Con este grupo profundiza en las estrategias financieras como las “cajas de ahorro”, las “tandas” y los préstamos organizados desde la red étnica, donde los paisanos y familiares representan el principal punto de apoyo cuando se enfrentan problemas financieros o si simplemente se piensa adquirir bienes o sufragar gastos festivos.

Para el caso de ambos grupos, el autor observó detalladamente las calles de las colonias, los mercados y tianguis; también estuvo presente en las asambleas y juntas de diversas organizaciones sociales, además de entrevistar de forma individual y grupal a diversos residentes tanto mixtecos como chocholtecos. A lo largo de los capítulos, lo que encontramos son numerosos testimonios de los entrevistados, donde prácticamente lo que aparece es una selección de categorías de análisis, comentada primero por el autor e inmediatamente contrastada y/o complementada por la voz de los propios actores. Lo mismo se observa cuando se reconstruye la historia de urbanización de los asentamientos, es decir, se apoya en datos históricos sobre el proceso de crecimiento urbano en la delegación Iztapalapa, pero dicha información se contrasta con los testimonios de los residentes. La voz de los actores aparece siempre en primer plano. También se apoya de datos cuantitativos que permiten dimensionar el tamaño de los asentamientos, así como la información general sobre ocupaciones.

Sumado a lo anterior, el trabajo de Gissi adquiere relevancia al documentar un grupo étnico minoritario, el chocholteco, el cual paradójicamente mantiene lazos consolidados entre las familias asentadas y congregadas en la colonia San Miguel Teotongo y la localidad de origen. A partir de los resultados de la investigación, el autor sugiere una conclusión polémica sobre los mecanismos de diferenciación que generan mixtecos y chocholtecos en la colonia, misma que abre una puerta de discusión sobre considerar la existencia de enclaves étnicos en la ciudad de México —más allá de identificar la congregación— además de dimensionar aquellos procesos de individuación —forma como los

denomina— mediante los cuales sujetos con mayor autonomía (mayor capital humano) participan en procesos de ciudadanía.

Otro trabajo donde se analizan las redes de ayuda y cooperación, pero enfocado hacia las mujeres indígenas dedicadas al empleo doméstico en la ciudad de Guadalajara, lo presenta Ana Cristina Alfaro (2007). Socióloga de formación, presenta una investigación donde toda la estructura argumentativa se apoya en testimonios de sus entrevistadas. Parecido al trabajo de Gissi, Alfaro presenta un trabajo donde su propia voz, por momentos, sólo aparece para narrar situaciones, dejando que las entrevistadas sean quienes expliquen sus propias vivencias.

Para el desarrollo de su investigación, su principal inquietud se centró en explicar los diversos mecanismos por medio de los cuales los nahuas de la huasteca hidalguense logran establecerse —con fines laborales— en la ciudad de Guadalajara, manteniendo lazos culturales y sociales con su comunidad. Sobre las formas de inserción en las actividades económicas y su tipo de concentración poblacional en la capital tapatía, la autora encuentra que este grupo no se congrega en colonias específicas, como lo reportan otros estudios en los casos de mixtecos, otomíes, purépechas y huicholes. Otro dato relevante se refiere a la baja remuneración, que en promedio reciben los migrantes aun cuando cuenten con mayores niveles de escolaridad (incluso hasta con bachillerato). Señala que la gran mayoría de nahuas oriundos de la huasteca se emplea en casas de familias de clase media y alta, ya sea en labores de limpieza, cocina, cuidado de niños, jardinería, mandados o cubriendo necesidades diversas de sus empleadores, recibiendo, por lo regular en las casas donde laboran, alimentos y un espacio para dormir (2007: 43). En particular, los hombres también pueden ocuparse en la construcción como peones, albañiles o bien, pintores, así como en la venta de comida, sobre todo en taquerías como cocineros o meseros. Si bien en este tipo de ocupaciones se les encuentra en menor medida, al estar con otros paisanos, enfatizan que se trabaja “más a gusto”, sobretodo porque entre ellos pueden hablar en su lengua; por supuesto, siempre y cuando el dueño del establecimiento se los permita (2007: 45-46).

La etnografía que presenta Alfaro ahonda sobre las formas de socialización a las que se enfrentan las mujeres cuando se insertan en el

mercado laboral como empleadas domésticas, logrando desentrañar el tipo de actividades que desempeñan, las relaciones personales que establecen con sus “patronas” que pueden oscilar desde el cuidado y protección hasta el abuso y explotación, además del funcionamiento de las redes entre paisanos para garantizar el trabajo en la ciudad. También incluye información de otros espacios de encuentro entre paisanos, fundamentales para la reproducción de su identidad como grupo diferenciado. Describe lugares como el parque Rubén Darío, la existencia de una liga de fútbol y de los bailes que se organizan regularmente, la celebración de las fiestas del ciclo de vida, además de otras estrategias de funcionamiento económico como las tandas y préstamos entre parientes, compadres y amigos. Por último se adentra en describir las relaciones familiares que se establecen entre las mujeres, trabajadoras domésticas con sus tías o madrinan en la ciudad, cuando migran solas; en contraposición con lo que sucede en las zonas de origen entre abuelos y nietos, mientras los padres y madres laboran en las urbes y dejan a los pequeños al cuidado de los abuelos. A partir de lo que llama el “papel tutorial” de las figuras citadas (tías, madrinan y abuelos) podemos darnos cuenta de las dinámicas de cambio que se vienen sucediendo en el terreno de las prácticas de socialización y de apoyo entre los migrantes y residentes en la ciudad y los que se quedan en el pueblo.

Por último, recuperamos el trabajo de Regina Martínez Casas (2007) donde analiza el caso de los otomíes oriundos de Santiago Mexquititlán (Querétaro), asentados en la ciudad de Guadalajara. El desarrollo de estudios sobre este grupo, se remonta a los trabajos de Lourdes Arizpe para la década de los setenta, y más recientemente se brindan datos generales de su presencia a través de flujos migratorios para el caso de la Zona Metropolitana de Monterrey (Durin, 2008). La investigación de Martínez Casas parte del estudio de los mecanismos y las estrategias de significación cultural que utilizan dichos migrantes otomíes, ante situaciones de interacción asimétricas, las cuales pueden poner en evidencia mecanismos de negociación. Los aportes de este estudio podemos ubicarlos en un contexto renovado de investigación donde se busca abordar el fenómeno de los indígenas urbanos y la condición multicultural de las grandes ciudades con una mirada de

análisis diferente a las previamente impulsadas (por ejemplo, aquellos estudios centrados en análisis económicos o bien desde las teorías de la marginalidad). Asimismo se muestran las estrategias a las que recurren las minorías culturales en su interacción con el mundo urbano sumergido en lo que cotidianamente se ha llamado “modernidad”, así como las dinámicas de lo que podemos referir como la nueva etnicidad urbana. En este sentido, ahonda en el estudio de los mecanismos de negociación social que dan lugar a lo que llama “significación cultural” y también a la resignificación que se produce en y por la migración.

Sobre el concepto de resignificación, Martínez Casas despliega diversos niveles de análisis que nos permiten entender las formas de reproducción social y cultural de los indígenas en las ciudades, sin dejar de lado las relaciones estructurales que mantienen entre las localidades de origen y los espacios migratorios, por un lado, así como los procesos de articulación como minorías culturales en las ciudades, por otro. Así, el concepto de resignificación, lo caracteriza como un “proceso complejo, tenso y conflictivo que presentan los migrantes para experimentar su cultura indígena, campesina y corporativizada, tanto en el contexto urbano como en su comunidad de origen con la cual mantienen fuertes vínculos materiales y simbólicos” (Martínez, 2007: 20). Dicho proceso también implica la coexistencia de modelos culturales distintos en el contacto entre grupos que no se aculturán, sino que mantienen patrones e identidades indígenas en contextos no indígenas. Por ello, a través de la resignificación se pretende dar cuenta de la oscilación cultural presente en los migrantes entre los valores y patrones de su comunidad indígena y los de la vida urbana, en función de los diferentes “contextos interactivos” en los cuales deben aprender a moverse.

El anclaje que la autora realiza en torno a la noción “dominios de interacción” es lo que nos permite identificar con mayor claridad, las descripciones etnográficas incluidas a lo largo del texto. Para empezar, señala que fueron los mismos migrantes otomíes quienes los identificaron y diferenciaron (al ser recurrentes en las entrevistas y también por las observaciones registradas por la propia autora durante su trabajo de campo). Se trata de los diversos contextos en que se mueven en su quehacer cotidiano, en la vida doméstica y en las relaciones que

entablan en su comunidad de origen y en diferentes espacios de la ciudad. Para la autora, los dominios de interacción son espacios sociales que, en ocasiones, coinciden con espacios físicos, aunque en otras no. La hipótesis que propone sugiere “que los migrantes deben aprender a interactuar socialmente de la mejor manera en cada uno de ellos, para lo cual necesitan desarrollar competencias comunicativas específicas” (Martínez, 2007: 64).

Los seis dominios que refiere son: la comunidad de origen; el dominio doméstico; la comunidad otomí de Guadalajara; la sociedad urbana; las relaciones laborales interétnicas y las instituciones (escuela, iglesia, sector salud, autoridades). Para el análisis de cada uno de ellos, selecciona temas particulares que nos permiten ponderar el alcance de la información etnográfica contenida a lo largo de los apartados del texto. Al respecto también conviene recuperar la nota metodológica que señala cuando analiza la resignificación de cada uno de los dominios propuestos. Para empezar recupera los postulados de lo que se conoce como “etnografía de la comunicación” o “etnografía del habla”, la cual se trabaja desde dos perspectivas: la primera se refiere al análisis de los eventos comunicativos específicos que tienen lugar durante ciertas interacciones comunicativas (sobre los discursos toma en cuenta tanto las variables pragmáticas como gramaticales); mientras que la segunda, únicamente toma en cuenta los contextos socioculturales de producción, sin involucrarse en procesos de tipo sintáctico o lexicológico. La segunda propuesta es precisamente la que privilegia la autora, apoyándose en todas las narraciones y descripciones etnográficas correspondientes a cada uno de los seis dominios de interacción propuestos (Martínez, 2007: 194-195).

Los estudios presentados se caracterizan por incluir información de corte cuantitativo, lo cual permite al lector ubicar el grupo estudiado como parte de las dinámicas urbanas de dos grandes metrópolis: Guadalajara y la ciudad de México. Aspectos como las ocupaciones, monto de ingresos y número de hablantes de lenguas indígenas son algunas de las variables que se describen y en torno a las cuales se caracteriza al grupo de estudio, en comparación con otros sectores indígenas residentes en dichas urbes. Por otro lado, en los tres estudios también destaca el uso de relatos de vida, plasmados en numerosas

transcripciones de entrevistas realizadas a diversos actores, lo que imprime un sello característico a la narración de las investigaciones. La descripción de situaciones, instituciones y lugares, modifica el contenido de la etnografía, en tanto no se presenta una sumatoria de rasgos culturales propios de cada grupo, o bien de cómo se reproducen sus formas organizativas en las ciudades en comparación con el pueblo de origen, sino que se seleccionan sólo aquellos aspectos que nos permiten entender la vivencia cotidiana de los grupos indígenas en las ciudades, destacando sobre todo el uso de los espacios públicos, tales como parques, calles, mercados, comercios, dependencias de gobierno, entre otros. Ya no se trata de narraciones donde se analiza a los grupos como entidades auto contenidas que se reproducen de forma idéntica en el medio urbano, a semejanza de la comunidad de origen; sino del análisis de las interrelaciones que mantienen con un espacio más global, en este caso las metrópolis mexicanas, donde generan nuevas prácticas, o bien las resignifican, pero siempre en interacciones dinámicas entre lo que podemos llamar lo local: la calle, el barrio, el comercio, y un ámbito mayor, como el centro histórico, la delegación, la ciudad.

DINÁMICAS INDÍGENAS EN LA CONSTRUCCIÓN DE LOS ESPACIOS URBANOS

¿Cómo se dan los procesos de construcción de poder, espacio y fronteras geográficas e identitarias de las poblaciones indígenas tsotsiles y tseltales en las ciudades de San Cristóbal y Ocosingo respectivamente? Ésta es la interrogante central que se plantea Gutiérrez (2009) para interpretar las construcciones del territorio que han llevado a cabo ambos grupos étnicos en dos ciudades ubicadas en el estado de Chiapas, las cuales comparten un rasgo común: se localizan en territorios indios. A diferencia del resto de los estudios sobre indígenas en ciudades, este trabajo pone el acento en el papel que han jugado las dinámicas sociales y políticas presentes en los municipios cercanos para entender los flujos migratorios permanentes de indígenas hacia los centros urbanos, además del papel protagónico de algunos sectores indígenas que vienen incursionando en actividades económicas estratégicas y, además,

mantiene el control político de diversas esferas de la vida social, sobre todo en la ciudad de San Cristóbal de las Casas.

A través del concepto sistemas discursivos, Gutiérrez pudo analizar cómo los sistemas de creencias religiosos se engarzan con formas de habitar la ciudad (en términos de construcción de espacios) y de vivir el poder en su acepción amplia, incluyendo la política en términos partidistas, la organización social y las relaciones identitarias. Sin duda, el levantamiento armado de 1994 y el desarrollo posterior del conflicto en las regiones de los Altos y la Selva, posibilitó que tsotsiles y tseltales iniciaran un proceso de lo que el autor llama “revalorización positiva de las identidades, que los colocó en nuevos planos de negociación con los ‘otros’ habitantes de la ciudad, lo cual generó conflictos en la vida e interacción cotidianas, pero también en la lucha por los puestos de poder en términos de la representación política” (Gutiérrez, 2009: 28). Las descripciones etnográficas que presenta Gutiérrez brindan información cualitativa y pormenorizada sobre las formas de apropiación del espacio urbano que realizan tseltales y tsotsiles, ya que narra la vida cotidiana en los lugares de residencia —por ejemplo colonias populares—, así como las dinámicas que imprime la fuerte presencia de las iglesias católica y protestante entre los grupos étnicos en la ciudad.

Lo mismo para el intenso uso y apropiación de espacios públicos (plazas, jardines, parques, corredores) y de manera destacada el control de flujos comerciales en los mercados públicos de ambas ciudades, donde el uso de la lengua indígena es cotidiano. El espacio del mercado, para el caso de San Cristóbal de las Casas, menciona Gutiérrez, representa el lugar donde se dirimen las diferencias y la diversidad para dar paso a una identidad colectiva india en los momentos de tensión y conflicto, sobre todo cuando las circunstancias obligan a conformar un frente común (2009: 53). Lo anterior se comprende cuando narra situaciones donde algún comerciante es agredido por la policía, o bien sufre un robo, ante lo cual se alerta al resto de los compañeros en lengua indígena, y de inmediato acuden en su ayuda, no importando si es tsotsil o tsetal, católico o protestante, o bien pertenece a la organización política rival; ante el *caxlan*, todos son indios y se integran como un frente único.

Por otro lado, en este trabajo se ahonda en las concepciones que sobre la ciudad y lo urbano se construyen desde los lugares de origen, sitios que, para ambas ciudades, se identifican generalmente con municipios cercanos. Para el caso de San Cristóbal, la ciudad se mira como un reducto para el desarrollo mercantil, ya sea en el mercado informal o en un creciente número de negocios formalmente establecidos; también para la obtención de empleos; además de representar un espacio viable para el asentamiento permanente de las familias en las múltiples colonias fundadas en la ciudad o bien, como lugar donde se pueden potenciar las oportunidades de estudiar, sobre todo para la población joven (Gutiérrez, 2009: 27).

Por último, los estudios de caso que analiza el autor, lo llevan a plantear la necesidad de comprender la ciudad a partir de su interdependencia con las “ruralidades” y éstas a su vez analizarlas desde la relación que mantienen con la ciudad, en donde lo urbano tiene que interpretarse bajo la continuidad e interdependencia —no bajo la ruptura y la exclusión— esto en franca alusión al modelo planteado a partir de los postulados del *continuum folk-urbano* (Gutiérrez, 2009: 234). En síntesis, la propuesta de Gutiérrez, al igual que lo planteado por Martínez Casas (2007), se propone recuperar el tema de la migración como marco de referencia, pero no ya como objeto de análisis; en ambos casos se trata de ahondar en las continuidades de los desplazamientos e identificar sus múltiples determinaciones, entre las comunidades de origen y destino.

VIDA FESTIVA Y CIUDAD

En otro nivel de análisis, el estudio sobre manifestaciones culturales de indígenas asentados en ciudades ha quedado desdibujado en los trabajos producidos en la última década. Si bien se ha avanzado en caracterizar espacios de encuentro entre paisanos, como plazas, alamedas, parques, deportivos y discotecas, lo cierto es que su análisis se realiza como una dimensión de un problema de análisis mayor, por ejemplo, las formas de inserción ocupacional de las empleadas domésticas (Alfaro, 2007). Otro tema se relaciona con la celebración de las fiestas patronales

o bien, como parte del ciclo de vida, donde aparecen descripciones de las formas del festejo, tanto de los espacios de residencia en la ciudad como de las zonas de origen.

A partir de este escenario es que sobresale el trabajo de José Luis Flores (2009) al analizar la presencia cultural de la comunidad huasteca radicada en la ciudad de México. Más precisamente se refiere a la colectividad autonombrada *Huasteca chilanguense*, la cual busca y se apropia de distintos espacios para recrear constantemente parte del universo simbólico (la música, el baile y la comida) de la Huasteca, en la capital del país. Pero, ¿cómo caracteriza a lo que nombra huasteca chilanguense? La describe como un grupo de paisanos (en su mayoría de la Huasteca) avecindados en la zona metropolitana del valle de México, quienes buscando evocar el recuerdo de sus orígenes actualizan o recrean de manera más o menos constante prácticas culturales propias de aquella zona del país, las cuales, al ponerse en circulación en una región distinta, suelen cobrar significados diferentes (Flores, 2009: 74). Radicados principalmente en colonias de la delegación Gustavo A. Madero, al norte del Distrito Federal y en los municipios de Tlalnepantla de Baz y Ecatepec de Morelos (Estado de México), el autor identifica los principales lugares de encuentro donde los migrantes, así como los que ya nacieron en la ciudad y aún aquellos que no son huastecos, se involucran en prácticas culturales tradicionales que se reproducen de forma dinámica en la ciudad. Describe la celebración de las “huapangueadas”, esto es, fiestas populares propias de la Huasteca en donde se interpreta el son y el baile tradicionales de aquella región. También menciona la impartición de talleres en donde se enseñan el baile y la música huasteca a todo aquel interesado, además de la organización de concursos de baile huasteco y de la grabación y presentación de discos. Menciona también la persistencia de asociaciones que permiten el funcionamiento de las redes de paisanos. Además de la organización de reuniones informales en donde músicos, bailarines y aficionados a la música huasteca se juntan en alguna celebración privada.

Este estudio revela la importancia que en los últimos años ha cobrado el uso de nuevas tecnologías para difundir información, eventos y dar avisos entre los integrantes de una misma comunidad indígena. Para el caso de la huasteca chilanguense, la creación de blogs, páginas de

internet y el uso de correo electrónico muestra un dinamismo en las formas de comunicación entre sus integrantes, favoreciendo el contacto, que muchas veces se dificulta ante las grandes distancias que caracterizan la zona metropolitana de la ciudad de México.

La mirada de Flores invita a revisar las concepciones que apuntan a la reproducción lineal de prácticas culturales de los indígenas en las zonas de residencia en las ciudades. Desde su estudio de caso, plantea que, en la Ciudad de México, la comida, el baile, la música y el vestuario de la Huasteca cobran significados diferentes a los que tienen en su lugar de origen. En efecto, mientras que allá cada elemento está vinculado con la vida cotidiana de las personas, en la capital del país esto implica romper con la cotidianidad de la vida urbana, ya que aquí comer zacahuil, bailar o escuchar los sones huastecos o portar las prendas típicas de la región significan algo excepcional y transitorio, advierte (Flores, 2009: 86). En este sentido, abre un espacio de análisis sobre la continuidad y cambio de prácticas culturales estrechamente ligadas a los usos que los indígenas hacen de la ciudad, más allá de la residencia, la escolarización y el trabajo. Destaca además que su análisis lo ancla en los lugares públicos donde se reúnen los oriundos de la huasteca y desde estos microespacios construye sus relaciones con el todo urbano, con lo global que representa la ciudad, pero también con el espacio tradicional, esto es, la región de origen. El detalle que presta por otro lado a la descripción sobre la utilización de nuevas tecnologías como el internet, los blogs, y especialmente la radio por parte de los residentes de origen huasteco en la zona metropolitana del valle de México, representa un conjunto de datos que escasamente se documentan y describen con tanto detalle en otros trabajos de investigación.

LA ESCUELA COMO ESPACIO DE SOCIALIZACIÓN PARA INTEGRARSE A LA VIDA URBANA³

Los estudios donde se aborda el espacio escolar como un ámbito micro desde donde se describen situaciones particulares de socialización

³ Los estudios sobre procesos de escolarización y el papel de la escuela como favorecedores en la adquisición de competencias para integrarse a la vida urbana, encuentran sus antecedentes en los trabajos de María Bertely (1998) cuando se analiza el caso de

y cambio sociocultural de los niños y niñas indígenas, radicados en ciudades mexicanas, cada vez cobran mayor vigencia entre el quehacer de los antropólogos, pero también desde otros profesionistas formados en disciplinas como la lingüística, la pedagogía, la sociología e incluso el trabajo social. Los salones de clase, los patios escolares y la escuela en general, representan los espacios desde donde se construyen las etnografías, las cuales se conectan ya sea con las familias, la colonia, los lugares de trabajo e incluso el pueblo de origen. Es decir, la descripción se pormenoriza desde un ámbito muy acotado, pero se presentan referencias hacia ámbitos más generales que permiten explicar los sucesos cotidianos que experimentan niños y niñas indígenas, además del tipo de relaciones interétnicas con otros grupos étnicos y mestizos.

Un ejemplo de lo anterior, lo encontramos en el trabajo de Adán Cano Aguilar (2006), formado en la disciplina de trabajo social y quien analiza el papel de la escuela en la conformación de identidades culturales y étnicas de los migrantes indígenas en ciudades mexicanas y, desde un plano más micro, se pregunta sobre las percepciones y expectativas que los padres de familias indígenas residentes en la Zona Metropolitana de Monterrey construyen en torno a la educación de sus hijos. Para el logro de sus objetivos toma como estudio de caso dos familias nahuas de la huasteca (una veracruzana y otra potosina), y describe sus condiciones socioeconómicas, sus ocupaciones, sus procesos migratorios, los vínculos que mantienen con las comunidades de origen, entre otros. En este trabajo, el autor más que presentarnos una etnografía detallada, parte de relatos de vida y nos presenta los testimonios de los padres de familia. A partir de los testimonios identifica las diferencias generacionales en torno al papel positivo que perciben de la escuela, en tanto consideran que el acceso a una mayor escolaridad por parte de sus hijos, favorecerá el incremento de los ingresos monetarios y, por ende, una mayor movilidad social.

los zapotecos serranos oriundos de Villa Hidalgo, Oaxaca y sus migrantes a la ciudad de México asentados en Cuauhtepic, en la zona norte de la delegación Gustavo A. Madero. El uso de la lengua zapoteca en la urbe, así como el manejo del español y su escritura, constituyen ejes importantes de este análisis.

Cano concluye que la escuela es vista como el espacio de socialización en el cual se interioriza la cultura urbana, donde se adquieren las herramientas para la interacción con los actores del mundo del trabajo. Aunque también se reconoce —por parte de los padres de familia— que no representa el ámbito de reproducción identitaria y de práctica de la lengua (Cano, 2009: 110). Al tratarse de una tesis de maestría presentada en el campo de trabajo social, las descripciones etnográficas se construyeron a partir de la aplicación de una encuesta donde se recopiló información sociodemográfica y cuyo periodo de levantamiento y análisis llevó poco más de seis meses; además de realizar observaciones detalladas en los hogares, las escuelas y la colonia. La realización de entrevistas a profundidad posibilitó crear categorías de análisis, en torno a las cuales el autor guió el desarrollo de su investigación. Por último, Cano realizó una revisión detallada de fuentes documentales como periódicos, fotografías, reportes oficiales, entre otros, procedentes de la misma colonia, para ofrecer un universo detallado del asentamiento y con ello, dimensionar los temas que trata en torno a la escuela y las expectativas de los padres de familia.

Otra mirada, que parte de la escuela pero que se adentra en la dinámica de la colonia y los lugares de trabajo en una zona periférica de la ciudad de Puebla, lo presenta Elizabeth Martínez Buenabad (2008). La autora analiza las relaciones interétnicas de niños migrantes indígenas, sobre todo las construcciones ideológicas y las prácticas discriminatorias que estigmatizan al migrante mazateco frente a otros como los nahuas (oriundos de Cuetzalan del Progreso) o los no indígenas. En este trabajo, la autora sostiene la hipótesis de que:

las relaciones interétnicas en México, entre indios y mestizos e indios-indios, son de carácter conflictivo. Sin embargo, la discriminación y el racismo no nacen en la escuela sino en espacios extraescolares, aunque no hay que dejar de reconocer que esta institución las fomenta y las refuerza (Martínez, 2008: 15).

Para comprobar dicha hipótesis, realiza un estudio pormenorizado de las prácticas que tienen lugar dentro del espacio escolar, identificando

las relaciones entre niños y niñas de origen nahua y mazateco, pero también se da a la tarea de etnografiar los espacios de residencia en las colonias cercanas y de manera particular las prácticas laborales presentes en la Central de Abasto, localizada en la periferia de la ciudad de Puebla, la cual constituye el principal nicho laboral no sólo de los padres de familia, sino incluso de los mismos menores.⁴

Sobre la escuela, identifica que aquí ocurren múltiples contactos interculturales, los cuales desembocan en prácticas de discriminación y racismo ya sea por hablar otra lengua, por el color de la piel o bien por el lugar de pertenencia territorial, estableciendo relaciones interétnicas conflictivas (Martínez, 2008: 26-27). Mientras que para el caso de la Central de Abasto, describe:

[...] es el centro ocupacional de sus padres, pero también (representa) el espacio de socialización de ellos mismos. Para el caso de los niños, los días sábados y domingos, festivos y en vacaciones se integran a la dinámica laboral al emplearse como diablos, limpiadores de nopales, o en el mejor de los casos como “cerillos” de un establecimiento comercial, adjunto a la central. Las niñas se emplean en la limpia del nopal pero principalmente ayudando en las áreas de cocina, lavando trastes y repartiendo desayunos. Este espacio resultó un espacio ideal de observación sobre cómo se establecen las relaciones étnicas y de clases sociales. No es lo mismo ser diablero, huacalero, empleado de bodega, que el dueño de una o más bodegas. Tampoco ser mestizo, náhuatl o mazateco (Martínez, 2008: 29).

Al respecto, identificó que las ocupaciones de los hombres mazatecos se caracterizan por el trabajo pesado (venta exclusiva de su fuerza

⁴ Para formular su hipótesis, Martínez retoma las propuestas de Ogbu (1993), quien plantea que las etnografías, en su afán por entender el fracaso escolar de las minorías, se limitan a analizar las confrontaciones de estilos comunicativos que se dan dentro del aula entre alumnos y profesores, y por lo tanto no encaran las interrelaciones entre la escuela u otras instituciones sociales (Martínez, 2008: 127).

de trabajo), mientras que los nahuas son responsables de la venta de mercancías e incluso pueden desempeñarse como auxiliares directos de los dueños de las bodegas. Por su parte, las mujeres en general se dedican a las tareas domésticas, lavan ropa ajena, elaboran adornos con festón para bodas, primeras comuniones y graduaciones y en particular las mujeres mazatecas bordan manteles y servilletas, los que venden los fines de semana en la Central de Abasto (Martínez, 2008: 113-114).

Otro de los aspectos que reporta Martínez Buenabad se refiere a la vivencia de niños y niñas cuando retornan a sus lugares de origen. Como parte de su propuesta metodológica acompañó a una familia nahua y otra mazateca a sus localidades de origen, con lo cual pudo analizar sus discursos metalingüísticos, así como las formas de interacción con los niños que no han migrado. Su acercamiento a las comunidades de origen le permitió identificar el manejo de las identidades étnicas dependiendo los contextos en que se ubiquen los migrantes indígenas: (pueblo o ciudad) y si se presenta pérdida o suma de identidades.

Sobre el análisis de las relaciones interétnicas, las caracteriza como una interacción entre culturas distintas, dentro de un sistema social dado en donde sus actores se organizan, ya sea en colectivos o en grupos étnicos, dentro de una estructura de poder (Martínez, 2008: 23). Su acercamiento a este tema resulta enriquecedor en el sentido de ofrecer un caso donde las relaciones desiguales y discriminatorias se reproducen entre ambos grupos, siendo los mazatecos los más vulnerados. Aspecto que se registra no sólo en el espacio escolar, sino en el terreno laboral, específicamente en la Central de Abastos.

CONCLUSIONES

La revisión de los trabajos citados abre nuevas vías de análisis sobre el papel actual que juega la etnografía en el entendimiento de la permanencia y reproducción de colectivos indígenas en las urbes mexicanas. Asimismo, nos invita a vincular la incidencia de las transformaciones del espacio urbano en las reconfiguraciones sociales de este sector de la población, expresadas tanto en formas colectivas como individuales.

Recuperando la propuesta de Saskia Sassen (2007), el espíritu de las nuevas tendencias de creación etnográfica se enmarcaría en lo que llama *cartografías detalladas de los fenómenos de la ciudad*, donde habría que analizar la vinculación de lo cotidiano con procesos más generales de transformación de las urbes mexicanas.

La intención de dar cuenta de las dinámicas cotidianas de los grupos indígenas en el medio urbano, como un cambio en el enfoque holístico de las culturas indígenas que privó durante varias décadas en la antropología mexicana, lo retomo de Appadurai cuando menciona que lo local no sólo remite a una cuestión espacial o de escala, sino que primariamente lo analiza como algo relacional o contextual en el marco de las condiciones de vida urbana (2001: 190). En este sentido, los recientes trabajos de investigación avanzan en la descripción cualitativa de espacios, sujetos y procesos más acotados, desde los cuales se trazan nuevos procesos de inserción urbana, además de nuevas reconfiguraciones sociales sobre el sentido del espacio, la ocupación, los derechos políticos y culturales, así como las relaciones interétnicas en nuestras ciudades.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- ALFARO BARBOSA, A. C. (2007), *¿Mi casa es su casa? Resignificación social y cultural de nahuas procedentes de la huasteca hidalguesa en Guadalajara*, Trabajo recepcional. Licenciatura en Sociología, México: Universidad de Guadalajara.
- APPADURAI, A. (2001), "9. La producción de lo local", en *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*, Buenos Aires: Ediciones Trilce - Fondo de Cultura Económica.
- BERTELY BUSQUETS, M. (1998), *Historia social de la escolarización y uso del castellano en un pueblo zapoteco migrante*, Tesis doctoral en Educación, México: Universidad Autónoma de Aguascalientes.
- CANO AGUILAR, A. (2006), *Percepciones y expectativas de padres de familias indígenas en torno a la educación escolar de sus hijos. Las familias Huastecas de la Fernando Amilpa, en la zona metropolitana*

- de Monterrey*, Tesis de Maestría en Ciencias con orientación en Trabajo Social, México: Universidad Autónoma de Monterrey.
- DURIN, S. (coord.) (2008), *Entre luces y sombras. Miradas sobre los indígenas en el área metropolitana de Monterrey*, México: Publicaciones de la Casa Chata - Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social - Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas.
- FLORES TORRES, J. L. (2009), “La Huasteca chilanguense y sus prácticas culturales en la ciudad de México”, en *Revista Cultura y Representaciones Sociales*, año 4, núm. 7, México: Instituto de Investigaciones Sociales. <http://www.culturayrs.org.mx> (consultado, septiembre, 2009).
- GISSI BARBIERI, N. (2009), *Sistemas de intercambio económico, redes sociales e integración urbana de la población mixteca y chocholteca en la colonia San Miguel Teotongo, Ciudad de México*, Tesis Doctorado en Antropología, México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.
- GUTIÉRREZ SÁNCHEZ, J. (2009), *Construcciones de espacios, poderes y fronteras. Territorializaciones bats'i viniketik en San Cristóbal de las Casas y tseltales en Ocosingo, Chiapas*, Tesis Doctor en Antropología, México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.
- HEWITT DE ALCÁNTARA, C. (1988), *Imágenes del campo. La interpretación antropológica del México rural*, México: El Colegio de México.
- HIERNUAX-NICOLAS, D. (2000), *Metrópoli y etnicidad. Los indígenas en el Valle de Chalco*, México: El Colegio Mexiquense - FONCA - CONACULTA.
- KEMPER, R. V. (1987), “Desarrollo de los estudios antropológicos sobre la migración mexicana”, en Susana Glantz (comp.), *La heterodoxia recuperada. En torno a Ángel Palerm*, México: Fondo de Cultura Económica.
- LEAL SORCIA, O. (2010), *Indígenas urbanos. Temas y enfoques recientes*, Primer avance doctoral. Doctorado Tutorial en Ciencias Sociales, México: El Colegio de Michoacán (Mecanoescrito).
- MARCUS, G. E. (1991), “Problemas de la etnografía contemporánea en el mundo moderno”, en Marcus George y James Clifford (eds.), *Retóricas de la antropología*, Barcelona: Júcar Universidad.

- MARTÍNEZ CASAS, R. (2001), *Una cara indígena: la resignificación de la cultura otomí en la ciudad*, Tesis de Doctorado en Ciencias Antropológicas, México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapapala.
- _____ (2007), *Vivir invisibles. La resignificación cultural entre los otomies urbanos de Guadalajara*, México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social México.
- MARTÍNEZ BUENABAD, E. (2008), *Análisis de las relaciones interétnicas. Niños indígenas migrantes de una escuela pública de la ciudad de Puebla*, Tesis de Doctorado en Antropología, México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- OEHMICHEN, C. (2000), “Las mujeres indígenas migrantes en la comunidad extraterritorial”, en Barrera Basols y Oehmichen (coords.), *Migración y relaciones de género en México*, México: GIMTRAP-UNAM.
- _____ (2001), “Espacio urbano y segregación étnica en la Ciudad de México”, en *Papeles de Población*, abril-junio, núm. 28, Universidad Autónoma del Estado de México, pp. 181-197.
- OGBU, J. U. (1993), “Etnografía escolar: Una propuesta a nivel múltiple”, en Honorio Velasco, J. García Castaño y A. Díaz de Rada, *Lecturas de antropología para educadores. El ámbito de la antropología de la educación y de la etnografía escolar*, Madrid: Trotta.
- SASSEN, S. (2007), *Una sociología de la globalización*, Buenos Aires: Katz.
- SARIEGO RODRÍGUEZ, J. L. (1988), “La antropología urbana en México (ruptura y continuidad con la tradición antropológica sobre lo urbano)”, en *Teoría e investigación en la antropología social mexicana*, México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, pp. 221-236.
- VELASCO ORTIZ, L. (2007), “Migraciones indígenas a las ciudades de México y Tijuana”, en *Papeles de Población*, abril-junio, núm. 52, México: Universidad Autónoma del Estado de México, pp. 184-209.

Fecha de recepción: 11 de octubre de 2011

Fecha de aprobación: 18 de junio de 2012